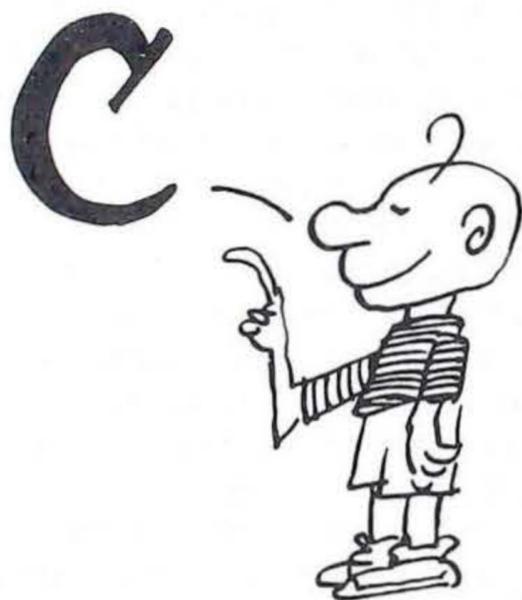


cuando Darío Ruiz escribe *Cuando el sol aún en la mañana*. Corto, sencillo y bonito, también con tedio, desamor y soledad. Después del párrafo inicial abre con un diálogo simple y tierno, cierra el texto con el mismo diálogo, Beto llora; seguro tiene el mismo miedo de su padre. Redondea la historia y la entrega bella y sin la sofisticación y el tedio que produce el resto de los textos. Una cosa es escribir el tedio, otra morirnos del tedio leyéndolo.

DORA CECILIA RAMIREZ



Lo efímero y lo perenne de la literatura y el papel

Balón y pedal (notas sobre deportistas)

Daniel Samper Pizano

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1986, 158 págs.

Después de haber sido comerciante, político tráfuga, libelista a sueldo de partidos opuestos, agente secreto y periodista, casi a los sesenta años, Daniel piensa que es hora de llevar una vida más serena y se dedica a escribir historias. No porque hubiera sentido el llamado de las musas ni porque la inspiración se le hubiera convertido en ventarrón, sino porque

quería ganar dinero trabajando sentado en su propia casa.

Desconocía los preceptos literarios, escribía más de tres mil páginas al año y representaba meticulosamente los oficios de su clase, la burguesía, para que las lectoras se reconocieran en sus libros. Si los editores pretendían que revisara la obra, se hacía pagar el doble por cada página escrita; de lo contrario la entregaba así, como iba saliendo de su pluma de ganso y de su mano, sin quitarle ni ponerle nada, sin corregir incoherencias (que le importaban un comino), ni borrar repeticiones (que eran la salvación de sus lectores semianalfabetos). De esta manera desenfadada, antirromántica, Daniel, Daniel Defoe, contribuyó a inventar un nuevo género: la epopeya burguesa, la novela moderna.

Si el libro de Daniel Samper hace venir a la mente a Defoe no es solamente porque sean tocayos. Los une el periodismo, el hecho de que ambos se hayan ganado el paté de ganso gracias a sus plumas y, sobre todo, la confianza en las palabras, la convicción de que las letras son un instrumento idóneo para atrapar la realidad.

Tal vez esta confianza, en Samper, sea aumentada por la tranquilidad de estar escribiendo algo verdadero, real, copiado de un modelo que está al frente, y no extirpado con dificultad a fuerza de imaginación o de memoria. Si este siglo ha llevado la literatura a extremos de desconfianza tales que la única producción literaria que se considera actual es la de la incommunicabilidad, a lo mejor el refugio ideal donde se puede mantener vivo el antiguo placer de contar y oír historias se encuentra, precisamente, en el periodismo.

Esto se debe, entre otras cosas, a que el periodismo no siente el pavor a la inverosimilitud. Su ejercicio no incluye la preocupación o el trabajo para convencer a los lectores de que se les cuenta algo posible (o algo que funciona porque es coherente con cierto universo imaginario), pues los lectores, de antemano, confían en que van a leer hechos y no sólo palabras. El intento, a veces, es completamente opuesto: tratar de hacer parecer imposible lo real. En el periodismo

las palabras son todavía un instrumento, una herramienta, como lo eran para Defoe, y no un fin, como lo fueron para Góngora o como lo son para gran parte de los escritores contemporáneos.

Sin embargo, leyendo estos fragmentos de vida, estos episodios de vidas reales (que en literatura serían posibles pero inverosímiles, mezcla que ya Aristóteles aconsejaba evitar), que no son fruto de la invención sino del calco de la realidad (periodismo es a fotografía como literatura es a pintura), leyéndolos, repito, surge la sospecha de que algunas de estas crónicas, nacidas como periodismo, se estén convirtiendo imperceptiblemente en cuentos, en leyendas, en capítulos que pertenecen más a la literatura que a la historia.

Sólo el profeta Daniel, intérprete de sueños, podría decirnos sin equivocarse cómo evolucionará la lectura de estas *notas sobre deportistas* con el pasar de los años. De todas formas es un hecho que ya hoy mismo, para algunos lectores jóvenes, el nombre de Oswaldo Pérez es tan ficticio como Lázaro de Tormes o Guzmán de Alfarache. Es como si, con el tiempo, las crónicas perdieran su nexo inmediato con lo real y se despojaron de su precariedad, ese pecado original del periodismo que se hace para durar un día, lo que dura un diario.

En su nota *de balón* (que nos sorprende al empezar con cuernos) y en la mayoría de las notas *de pedal*, el humor, la agilidad y aun la ternura de Samper nos hacen notar que en estas crónicas las palabras se están independizando de su relación directa con las cosas (con un referente concreto, histórico) y van creando un mundo aparte donde nos divierten, alegran, conmueven, sin que nos interese su verdad o su mentira, sin que nos importe que el nombre del personaje sea también el de una persona.

Creo que esta sensación, con el añejamiento del alejamiento, está destinada a acentuarse. Las ganas de contar y de escuchar historias no se acaban nunca y a veces la literatura —incluso la mejor literatura— de los últimos años, tan apartada del arte figurativo, tan abstracta, conceptual,

sonora, etc., no logra satisfacer este deseo ancestral. Probablemente el buen periodismo es el único ámbito del lenguaje escrito que puede actualmente colmar esta laguna. Y así, como Defoe, sin proponérselo, tal vez sin saberlo, también el periodista que escribió estas crónicas está cargando agua para alimentar el molino de la literatura.

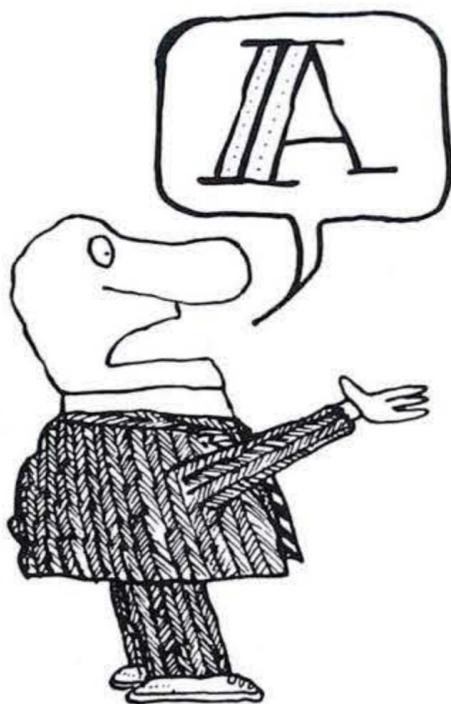
Sancho Panza, que nunca existió, es mucho más real que Juan Gallo de Andrada, el escribano del rey que le dio el visto bueno y le fijó el precio a la primera edición del Quijote. Así mismo, guardando las proporciones, un día las letras que componen el nombre de, pongamos, Lucho Herrera, será lo único que sobrevivirá de él, con su leyenda. El proceso es inverso, pero simétrico: las letras se hacen realidad, la realidad se convierte en letras. Las historias de Herrera serán cada vez más eso, historias, cuentos, y cada vez menos capítulos de la historia.

Desgraciadamente hay pocas posibilidades de que este intento de Samper pueda vivir lo suficiente para desligarse totalmente de la historia y entrar a formar parte de la literatura. Es más: existe el peligro de que sus crónicas de campeones no doblen indemnes ni siquiera la esquina del próximo siglo. No es un defecto de escritura; no se trata del holocausto nuclear. Es un problema mucho más sencillo: el papel. Hay una peste que recorre las bibliotecas del mundo. En los países que empezaron antes que nosotros la moda del *pocket-book* supereconómico ahora se empiezan a dar cuenta del desastre. Los libros se deshacen, se desmenuzan, las páginas se hacen polvo entre los dedos. Por ahorrar en celulosa, nuestro siglo (el más cargado de libros, el del apogeo y decadencia de Gutenberg), corre el riesgo de quedarse mudo, sin escribas ni juglares que hayan dejado huella de su canto.

La boga de los objetos desechables, del use una vez y tire, ha penetrado también en las empresas editoriales, y se ve que en esta trampa han caído hasta los serísimos editores de la Fundación Guberek. Por eso, si al menos se quiere dar la oportunidad de que las personas de estas crónicas lleguen a ser personajes, queda sólo la esperanza de los microfilmes. Lo

que es el papel de este libro es más efímero que un diario: no lograrán hojearlo ni los nietos de Samper.

HECTOR ABAD F.



Venga le digo algo

Venga le digo

Benhur Sánchez Suárez

Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1986,
76 págs.

*Debíamos escribir: era el único medio
para defendernos contra la desesperación.*

Czeslaw Milosz

1. Sobre Benhur Sánchez Suárez

Benhur Sánchez Suárez (Pitalito, Huila, 1946) ha vivido de dos actividades: la de maestro y la de editor. Igualmente, su vida ha estado copada por dos realizaciones artísticas: la pintura, en la cual ha representado a Colombia en diversos certámenes internacionales como el Premio Internacional de Dibujo Joan Miró (Barcelona) y la I Bienal Americana de Artes Gráficas (Cali) y ha ganado varios premios como el del Salón Nacional de Artistas rechazados (Bogotá, 1970). La otra actividad es la creación literaria. Ha publicado cinco novelas: *La Solterona* (1969), *El Cadáver* (1975), *La Noche de tu Piel* y *A Ritmo de Hombre* (1979) y *Venga le Digo*, objeto de la presente reseña,

que cuenta con dos ediciones: Instituto Tolimense de Cultura (1981) y La Oveja Negra (1986); y un libro de cuentos: *Los Recuerdos Sagrados* (1973). Además ha ejercido el periodismo cultural con la publicación de artículos y ensayos sobre pintura y literatura colombianas en periódicos y revistas.

Cuando la llamada Generación del Bloqueo y del Estado de Sitio iniciaba su vida pública en la narrativa del país y los medios de transmisión empezaban a interesarse en ella, una emisora reunió a algunos de sus miembros para que aclararan, entre otras inquietudes, por qué se habían hecho escritores. Si bien es cierto que la vocación de algunas personas son decididas por razones muy concretas e individuales, con mayor seguridad es verdad que la mayoría de las vocaciones no tienen razones tan simples que puedan ser explicadas en los diez minutos apresurados de una emisión radial. Sin embargo, en aquella ocasión, a Benhur le sobró tiempo para dar su justificación. "Porque me encontré en la vida sin nada entre las manos", fue la respuesta, que pareció aplastante, acaso por su viva naturaleza literaria. Sin duda, la frase parecía estar destinada a romper uno de aquellos aprietos terribles en que a veces los locutores colocan a la gente pero para nosotros tiene una riqueza definitoria: En el país literario la década del sesenta marca el límite entre los escritores que se debían al ocio y los hombres que se hacen escritores quitándole tiempo a las labores cotidianas de las que derivan el sustento. A los escritores oficiales les aparece su contrapartida en las personas de unos muchachos, maestros, empleados, desempleados, más o menos provincianos, resueltos, desarrapados de fortuna material, que engarzan en sus letras las injusticias del país, asumiendo así una posición contestataria.

Del momento de aquella entrevista hasta hoy, han transcurrido varios años y, como ocurre regularmente con los grupos y las generaciones, después de haberse hecho a un espacio en la cultura y en la historia, los integrantes toman sus propios caminos y cada quien se dedica a realizar